dades hereditarias (1); pero en cuanto al procedimiento adoptado con esa precisión y hasta con la misma extravagancia, la sugestión, verificada sobre un cerebro maculado por el conocimiento del hecho, ha de operar una parte importante para la opción del método.

Sostener que el suicidio *es siempre* un síntoma de locura, es negar la verdad, seguramente. — ¿Qué diríais de los estoicos, esas almas invulnerarables que, cuando el genio republicano fué amenazado por la espada de un dictador, cuando todo cedía a la gloria de César o se arrastraba bajo Tiberio, dieron grandes espectáculos al mundo? ¿Que ellos eran locos? Todos esos arranques admirables y violentos, que ofrece la historia, *¿son otros tantos actos de locura?*

(1) FÉRÉ. *Famille neuropathique.*

EL MATE DE LAS MORALES

POR M. A. PELLIZA

ALLÁ por los años de 1837 vivían en la vera del camino de Buenos Aires a San Isidro y a la altura de las chacras de Escalada y Sáenz Valiente, cuatro mujeres, de las que una era la madre, viuda de ño Morales, y las tres restantes sus hijas, no mal parecidas, si bien la pobreza del quinchado en que moraban y lo rudo de los tiempos que corrían para aquellas huérfanas, las tenía en tales estrecheces que fuera del mísero rastrojo donde la vieja cosechaba algunos zapallos para decorar el moginete de su rancho en los inviernos, algunos manojos de choclos espigados en verde en los campos vecinos y la vaca lechera de cuyas ubres extraían algunos jarros de sabroso licor, poco más usufructuaban las Morales.

Debióse a esta situación la circunstancia de que ya con un vecino rico, ya con otro, alguna de las tres muchachas estuviera conchavada por el mezquino salario de veinte o treinta pesos mensuales destinados a sufragar los gastos del mate y del cigarro a que, por aquellos tiempos, no le hacían dengues ni melindres las campesinas ni las pueblerías; y tanto en la ciudad como en la campaña las más encopetadas fumaban a hurtadillas tal cual cigarrito; en cuanto al mate, corría incesantemente de mano en mano y de boca en boca, sirviendo por la mañana de desayuno y a veces de almuerzo, con leche y canela, a las once. Golosina era ésta apetecida por jamonas y muchachas, mozos y viejos, que no la cambiaban por el manjar más exquisito de cuantos inventó la culinaria y repostera ciencia de Brillat Savarin.

Hecho ya conocimiento con la madre y sus tres hijas, diremos para acentuar la localidad que, a veinticinco varas de la reducida vivienda ranchesca, se alzaba frondoso en la estación ardiente un amplio y corpulento ombú, rayando con el camino real e interponiéndose entre las ninfas del rancho y los numerosos viajeros que diariamente cruzaban a caballo hacia los pueblos de la costa.

Estaban entonces a la moda las giras, cabalgatas y paseos a los pueblitos de San Fernando y San Isidro, y como en Buenos Aires los espías de Rosas no permitían a la juventud porteña que se reuniera ni aún para bailar, los jóvenes a cuyo frente figuraban Juan Bautista Alberdi, Juan María Gutiérrez, Vicente Fidel López, Demetrio y Jacinto Peña, Corvalán, Domínguez, Frías, Tejedor, Cané y tantos otros se aprovechaban de estos paseos para reunirse solitariamente en el campo, hablar del tirano y de la mazhorca al mismo tiempo que se divertían honesta y virtuosamente según ellos lo cuentan.

Aquel ombú colocado allí con tanta oportunidad después del largo y tendido [illegible] con el fuerte sol de los largos días de verano, parecía brindar descanso a ginetes y caballos, por lo que en grupos se detenían a su sombra para aflojar la cincha a los pingos y acomodar el apero o recado, pues monturas inglesas no se usaban antaño, y se suponía que eran parte integrante de la medicina en vista de que sólo a los esculapios les estaba permitido, por la costumbre, el uso de las villas.

Detenidos allí, debajo de aquel gigante de la flora pampeana, gozando de las caricias de tan fresca sombra, tendidos o sentados sobre las descubiertas raíces, sin soltar las bridas de sus caballos, veían salir del vecino rancho a la viuda Morales o bien a cualquiera de sus morochas y atrayentes herederas la que acercándose con bondadoso aspecto, después de saludarlos a la campestre usanza, les preguntaba con cierto retintín lugareño *si querían tomar un matecito que ella tendría mucho gusto en servirles.*

La hora, la fatiga del viaje, lo pintoresco del sitio, y sobre todo, lo incitante del mate ofrecido para gente que pasaba la mitad de la vida bebiendo infusión de yerba, eran motivos que hacían aceptar con delicia tan grata invitación; y muchos de los viajeros, cuando era la vieja que los invitaba, se atrevían hasta ofrecerle un billete de cinco pesos para el gasto.

Los viajeros esperaban el prometido mate, pero éste no llegaba nunca. El tiempo corría, el sol declinaba, los caballos ya se habían resfrescado y era preciso continuar la jornada.

Adelante, vamos andando, decían, y tomaban el galope llevando consigo la ilusión de aquel mate imaginario de las Morales.

Ninguno de aquellos jóvenes que diaria o semanalmente se detenían al pie del ombú, llegó a conseguir un solo mate y como muchos eran los chasqueados, el asunto del mate de las Morales llegó a tomarse como refrán o frase picaresca aplicable a las promesas que no se cumplen y a las cosas que no llegan ni temprano ni tarde.

Toda aquella dorada juventud, que era el orgullo de Buenos Aires, se dirigía poco después de tan alegres y entretenidos pasatiempos hacia las playas desoladas del destierro, y fueron ellos los que divulgaron en su prolongada emigración por todos los ámbitos de América, desde Buenos Aires hasta Méjico, el refrán esencialmente porteño de nuestro título.

Por eso tanto se repite en Lima como en Bogotá, y lo mismo se sabe en Méjico que en Río de Janeiro.

Empero esta universalidad de repercusión ha hecho perder el rastro genealógico a los más hábiles cronistas que hasta ahora no han podido explicar

© Biblioteca Nacional de España